

duales y de grupo “lo que yo he llamado el factor del aumento del libre albedrío”. Esta oportunidad “nos exige reconstruir la estructura del conocimiento para entender la naturaleza de la crisis estructural y nuestras opciones históricas para el siglo XXI”.

Entender nuestras opciones parece ser la tarea anterior a la participación en la batalla “sin ninguna garantía de ganarla”, y esto es crucial para el autor porque “las ilusiones solo engendran desilusiones con lo que se vuelven despolitizantes”.

¿Para quién o quienes? Valdría reducir tanta cantidad de implícitos propios al pensamiento neoliberal.

De nueva cuenta, lejos de la racionalidad encontramos no solo la necesidad de predecir, sino también la de *ganar*, y como las palabras dicen lo que dicen, ¿qué querrá decir ganar? En esta tarea del conocimiento, predecir y ganar parecen herramientas de otros menesteres.

El autor finaliza el texto persuadiendo al lector que su análisis no es optimista ni pesimista, porque no predice y no puede predecir si el resultado será mejor o peor. Sin embargo es realista cuando estimula las discusiones sobre los tipos de estructuras que mejor nos pueden servir, y los tipos de estrategias que nos pueden impulsar. Este pensamiento de Immanuel Wallerstein se continúa en dos obras publicadas también por Siglo XXI: *Impensar las ciencias sociales* (1998) y *Análisis de sistemas-mundo. Una introducción* (2005).

Ana GOUTMAN

WALLERSTEIN, Immanuel, *La decadencia del poder estadounidense*. México, Era, 2005, 266 pp.

Este libro contiene reflexiones sobre la decadencia de Estados Unidos en el mundo actual, y temas tan variados e importantes como los problemas de la izquierda, el racismo, la democracia, el terrorismo, las religiones. En él el autor da cuenta de la situación del sistema-mundo, de la historia pasada y reciente de Estados Unidos y de la vinculación de Estados Unidos con el sistema-mundo.

Algunos de los trabajos de este texto fueron escritos antes del 11 de septiembre de 2001 y otros después. En todos ellos la reflexión sobre lo que él llama “la primera gran crisis del sistema-mundo en 500 años” está presente con diferentes intensidades y matices.

Wallerstein argumenta que es real la decadencia de Estados Unidos en un mundo caótico. No deja de insistir en la importancia del imperativo de los ciudadanos de ese país de unirse a otras personas en la construcción y reconstrucción de un mundo en el que puedan vivir. Sería ésta la versión de un mundo en el que quepan todos los mundos que ha creado la cultura zapatista, desde la perspectiva de un científico social, como el autor se reivindica, además de ser ciudadano estadounidense y del mundo.

No descuida la ocasión para señalar el sentimiento antiestadounidense que se ha apoderado de una buena parte de la opinión mundial a partir de 1945. Considera que ha contribuido a este sentir la actitud mantenida por los representantes del Imperio que han mirado siempre a los demás como los *otros*, con desprecio y miedo. Esto ha persistido en prácticamente todas las posiciones adoptadas por Washington, que van del aislacionismo al expansionismo.

Asimismo, observa a Estados Unidos como una potencia que acaba de despertar de un sueño, que más bien fue una ilusión. Esta ilusión se explica debido a que en la década de 1990, el país del norte creía haber llegado a la cúspide del dominio mundial: “Alta productividad, un mercado de valores en expansión, bajo desempleo, baja inflación y liquidación de una enorme deuda pública, creando un excedente notable”. (p. 11) Según el autor, esto era una burbuja artificial que no tardó en romperse.

Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 no fueron la causa de las dificultades económicas de Estados Unidos, sino un factor que las exacerbó. Wallerstein explica que el mundo ha conocido desde la década anterior problemas de estancamiento, mismos que en ocasiones han sido ocultados por la transferencia de pérdidas entre los grandes centros de poder económico. De esta manera, los años setentas del siglo pasado fueron los del esplendor de la economía de Europa occidental. Luego la égida correspondió a Japón en la siguiente década, y para la década de 1990 Estados Unidos se vio beneficiado por este traspaso. Todo iba en una dirección que mostraba hasta hace poco a los países asiáticos orientales y a los cuatro dragones —Corea, Taiwán, Singapur y Hong Kong— como imbatibles, hasta que la crisis llegó, agravada por las intervenciones del Fondo Monetario Internacional (FMI).

El efecto 11 de septiembre ha tenido otros efectos en los grupos dirigentes estadounidenses. A partir de las reflexiones del autor, se observa cierto providencialismo. Se exagera la situación, se construye un auge ficticio, y hoy la elite del segundo Bush ya “desprecia a los macgoverianos e incluso a los viejos bushistas” (p. 16). Cierta optimismo oficial que se corresponde con el pesimismo de la izquierda mundial, según el autor.

En consecuencia, la consigna de los nuevos halcones del poder estadounidense es: “vámonos de frente y a toda velocidad”, en un afán de transferir políticamente al futuro un gran revés. Esto se puede explicar a partir de una lógica de lo que denomina “militarismo machista”, que pretende compensar los magros resultados económicos con una política particularmente agresiva. A partir del modelo referencial del sistema-mundo contemporáneo renueva su visión de Napoleón Bonaparte, para afirmar que la política de expansión imperial ha colapsado por una falta de soporte financiero. Arriba a 1991, en ocasión de la Primera Guerra del Golfo Pérsico, que en su desenlace demostró la incapacidad de Estados Unidos para dar este soporte que fue solventado por Arabia Saudita, Kuwait, Japón y Alemania.

Ya sobre el entorno de los atentados a las torres gemelas afirma que “Estados Unidos se ha desvanecido como potencia global desde la década de 1960, y su respuesta a los ataques terroristas ha acelerado ese desvanecimiento” (p. 21). Haciendo un poco de historia, el autor describe cómo accedió Estados Unidos a la cima del poder mundial. Considera que el periodo transcurrido durante y entre las dos guerras mundiales del siglo xx no es sino una larga guerra entre ese país y Alemania por la hegemonía mundial.

Lleva su análisis al gran acuerdo de Yalta, que marcó lo que denomina “un equilibrio del terror”, que derivó en la Guerra Fría, con el protagonismo de la Unión Soviética y Estados Unidos.

El acuerdo era delimitar las esferas de dominio: que las dos grandes potencias exacerbaban su propaganda pero no derivar en acciones militares. Según Wallerstein, este equilibrio no fue asumido de igual forma por todos los países, por lo que estallaron conflictos en ambas esferas de influencia. Destacan Alemania del Este en 1948-1949, Corea en 1950-1953, y la crisis de los misiles

de Cuba en 1962. Estas confrontaciones, entre otras, llevan al autor a hacer una comparación de las potencias con un boxeador que recibe fuertes golpes de su contrincante en el estómago, pero continúa en la pelea.

Wallerstein afirma que la pasividad no se extendió a la esfera de la economía. Estados Unidos aprovechó el empuje de la Guerra Fría para impulsar sendos intentos de reconstrucción y activación económica en Europa, Japón, Corea y Taiwán. (p. 23)

La intensa propaganda anticomunista desplegada por Estados Unidos, posterior a 1945, es definida por el autor como respuesta al crecimiento de la ideología comunista que conoció su mayor esplendor por esos años. Esto se testimonia por el crecimiento de los partidos comunistas en elecciones libres celebradas en Bélgica, Francia, Italia, Checoslovaquia y Finlandia. En otras latitudes, como en Vietnam, India, Japón y toda América Latina hubo un crecimiento exponencial de los partidos comunistas. Asimismo, creció en China, Grecia e Irán, a pesar de las condiciones adversas.

El autor sostiene la siguiente hipótesis: “el éxito de Estados Unidos como poder hegemónico en la etapa de la posguerra creó las condiciones del deceso hegemónico de la nación”. (p. 24) Esta contradicción es simbolizada por la derrota en Vietnam, las revoluciones de 1968, la caída del Muro de Berlín de 1989, y los ataques terroristas de 2001. En sus propias palabras, Estados Unidos es hoy “Una superpotencia solitaria que carece de verdadero poder, un dirigente mundial a quien nadie sigue ni respeta, y una nación peligrosamente a la deriva en medio de un caos global que no puede controlar”. (p. 24)

A juicio del autor de esta reseña, la aseveración anterior está muy poco matizada, ya que eventos como la Cumbre de Mar del Plata, si bien es cierto que forjó un bloque contra las expectativas hegemónicas de Estados Unidos, mediante el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), también se percibió una cierta condescendencia de varios gobiernos latinoamericanos con las propuestas estadounidenses. Esto, a escala americana.

La ruptura del multilateralismo en los sucesos de Irak de hace tres años demostraron respuestas puntuales de diversas potencias, pero finalmente un aval de éstas a la intervención.

En todo caso es interesante la información vertida por el autor sobre el declive estadounidense que comienza en la época de la guerra de Vietnam con el agotamiento de las reservas de ese país.

No obstante, Estados Unidos procura, según el autor, una respuesta a su crisis de dominación mediante una activa injerencia en el Foro de Davos. En ese sentido, cumple un papel destacado el Fondo Monetario Internacional, con fuerte presencia estadounidense: “El FMI proporcionó un club a los ministros de finanzas y miembros de los bancos centrales”, como una forma de presión estadounidense para formar la Organización Mundial de Comercio.

La crisis de dominación mundial estadounidense tiene múltiples expresiones. Entre ellas destaca la pérdida de influencia en Europa. Este continente ha dado pasos importantes hacia la unificación mediante el euro. En palabras del autor, esta moneda es el soporte financiero que permite a Europa alejarse de los vínculos políticos con Estados Unidos. A futuro prevé un ejército europeo que logre la separación militar de Estados Unidos. Esta situación tiene su antecedente en la pobre participación de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en el último conflicto de los Balcanes.

Como se ha afirmado, la periodicidad de las crisis es cada vez mayor. Al respecto Wallerstein sostiene: “El mundo contiene la respiración en espera de que le toque el golpe a Estados Unidos.

Cuando esto suceda habremos ingresado a la última subfase de esta fase B del ciclo Kondratieff". (p. 59) Cabe destacar que ésta sería la última subfase del periodo de decrecimiento. El autor augura una bifurcación de opciones, además de la incertidumbre en torno al camino que tomaría Estados Unidos y el mundo general, en ese momento.

En otras partes de su libro Wallerstein aborda el problema de los movimientos antisistémicos que habrían de alterar el equilibrio de Yalta. Entre ellos el autor destaca las revoluciones de 1968 como una forma de rechazo a las tradiciones de la vieja izquierda, entendida ésta como la socialdemocracia y los partidos comunistas, además de la democracia del *new deal* en Estados Unidos.

Las consecuencias de 1968, entre otras, son, para el autor, el declive del liberalismo centralista que coopta a radicales y conservadores, que venía pisando fuerte desde 1848. Otras consecuencias las podemos definir como el derrumbe del desarrollismo al que iban a seguir otro tipo de declives. Quizá el más importante es el del socialismo real, que conlleva al decaimiento de su fuerza antagónica: el liberalismo.

En otros apartados Wallerstein esboza los problemas contemporáneos del llamado sistema-mundo. En primera instancia define al actual modelo como de "fábricas en fuga" debido al traslado de los centros productivos de las zonas de altos a bajos salarios. Esta situación está vinculada a las migraciones del campo a la ciudad, que constituyen, según el autor, un factor para el abaratamiento de la mano de obra.

Wallerstein sostiene que la *desruralización* del mundo expresa una tendencia ascendente, (p. 62) por lo mismo, las posibilidades a futuro mediato de encontrar nichos de bajo salario se van a reducir.

Otro de los problemas que enfrenta el capitalismo como sistema es la dificultad para exteriorizar los costos. Esto es una forma un tanto elegante de señalar los ahorros de las empresas vía el drenaje de desperdicios tóxicos. Este fenómeno ha dado lugar a un creciente movimiento ecologista. Derivado de lo anterior, el autor comenta el manejo de estos costos. Por presión social, se les puede canalizar a la carga impositiva, o la vía podría ser la disminución de la ganancia.

Un problema que observa el autor es con respecto al Estado. Al respecto, indica un cambio importante de percepción: "Las masas del mundo, tras haber visto a los Estados como agentes de transformación han vuelto ahora a su escepticismo más fundamental sobre la capacidad de los Estados para promover la transformación o incluso para mantener el orden social". (p. 66) La anterior situación deriva en un percepción *antiestatista* altamente creciente. La otra cara es la de los privilegiados que van a hacer todo lo posible por no perder sus privilegios: "En un sistema-mundo que se desploma debido a que se han agotado sus posibilidades de ajuste estructural, quienes detentan el poder y los privilegios no se van a quedar sin hacer nada. Se organizarán para sustituir el actual sistema-mundo con otro igual de jerárquico y por desigual, si bien basado en principios diferentes". (p. 93)

Ante ello, las fuerzas del progresismo deben dar nuevas dimensiones a la democracia. No se puede entender ésta sin la lucha contra el racismo, que el autor observa como un fenómeno indisoluble. (p. 95) En otras palabras, el autor señala que no puede haber racismos buenos o malos, sino racismos.

Wallerstein plantea una serie de enfoques para desterrar formas de ver el mundo de manera exclusivista y excluyente. Vinculado a ello considera que las perspectivas del choque de civilizaciones y religiones contribuyen a la creación de demonios particulares. En este entorno cita a

Edward Zaid, quien afirma que el orientalismo es una falsa construcción erigida en Occidente por motivos ideológicos, la cual busca efectos penetrantes y perniciosos. (p. 98)

Al respecto, aboga por un diálogo genuino o multidialógico entre sujetos diferentes, en los más variados sentidos, entre los que se incluye el religioso. Piensa que lo determinante es distinguir entre aquellos que buscan establecer o restablecer un orden mundial jerárquico y aquellos que intentan construir un orden “lo más democrático e igualitario posible”. (p. 115)

Alerta sobre las trampas de lo que se puede denominar un universalismo excluyente muy vinculado a personajes como Samuel Huntington, desde nuestra perspectiva. Este tipo de universalismo, según el autor, es utilizado para destruir o para oprimir. La respuesta que encuentran en la gente es el refugio en los particularismos.

Muy acorde con nuestro tiempo y geografía el autor hace referencia a otro tipo de particularismos, el de los *snoobs*, que se enorgullecen de su “alta cultura” y denuncian la “vulgaridad de las masas”. (p. 129)

Según Wallerstein, el mundo actual exige un gran esfuerzo de los científicos sociales para crear nuevas categorías. Considera que las existentes de alguna manera han maniatado el análisis. En consonancia con ello, propone reconocer la existencia de temporalidades múltiples, así como de universalismos y particularismos del mismo sentido. (p. 136)

Reconoce la polisemia histórica de la democracia y arriba a la necesidad de una democracia de nuestros tiempos. Los motivos que provocan quejas con respecto a la democracia liberal y que establecen prioridades son las luchas democráticas contra la corrupción, sobre las desigualdades materiales y sobre la “inclusividad inadecuada de la democracia”. (p. 141)

Sobre la corrupción, el autor abunda. Establece que cuando se viola alguna norma central se puede llegar a desencantos. De manera crítica esgrime los resultados de los movimientos de 1968. Entre ellos destaca el rechazo a la teoría del progreso inevitable e irreversible de los movimientos de izquierda.

Las afirmaciones de Wallerstein conducen a la reflexión sobre los retos que enfrenta la izquierda y el progresismo mundiales. Éstos parten de tres factores: tras quinientos años, el sistema-mundo capitalista se encuentra, por primera vez, en crisis; el resultado es incierto y el cambio podría ser en sentido progresista. Las estrategias de la izquierda encaminadas a la transformación han quedado destruidas, y lo que priva es la incertidumbre y, en general, la debilidad. (p. 205). Hay aspectos que han sido totalmente superados, como la confianza en la linealidad creciente de la historia.

Por otro lado, el autor afirma que ha entrado en crisis y ha fracasado la estrategia de “los dos pasos”, que consiste en conquistar el poder del Estado para después transformar el mundo.

Para el futuro, el autor define una serie de líneas: fortalecer el frente amplio. Como ya se había establecido, que la bandera del antirracismo sea sustantiva de la democratización, y que se impulsen estrategias de unificación, como las provenientes del Foro Social Mundial. Asimismo, le otorga una importancia relativa a los procesos electorales como estrategia defensiva.

En conclusión, considera que “la base de la participación es un objetivo común, la lucha en contra de los males sociales que son consecuencia del neoliberalismo y el respeto común a las prioridades inmediatas de cada quien”. (p. 245)